

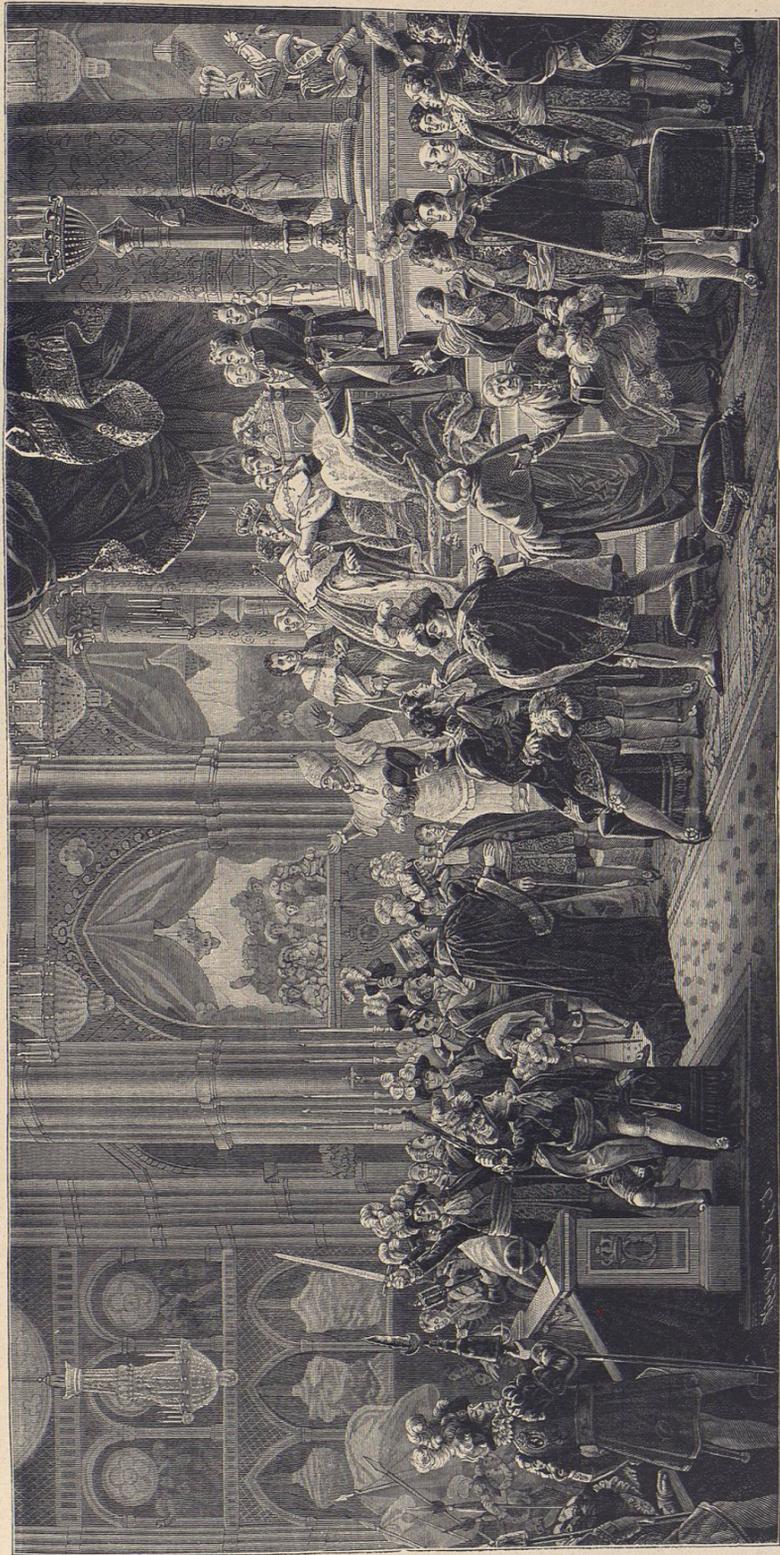
mo período llegó á estar casi ciego y físicamente decrepito. Fué enterrado con toda la pompa de los antiguos tiempos en el sepulcro real de San Dionisio. A pesar de todos los temores, se efectuó el cambio del trono sin el menor desorden, y muy al contrario, dió lugar á una manifestación monárquica como la Francia no había presenciado ninguna en los últimos diez años. La actitud del nuevo rey le conquistó todos los corazones, porque Carlos X que contaba ya 67 años, aunque de inteligencia corta y esclavo de preocupaciones rancias, no dejaba de ser también bondadoso, cortés y deseoso de ser amado de sus súbditos, mientras estos, por su parte, no tenían ya tampoco las exigencias que cinco años antes.

Villèle había tenido el buen acierto de asociar al gobierno al sucesor de la corona en los últimos años de Luis XVIII, y gracias á esta previsión y á su docilidad y flexibilidad pudo conservar la confianza del nuevo soberano; de suerte que no hubo cambio de ministerio y los reaccionarios mas furibundos hubieron de acallar como pudieron su ambición de ser ministros y de obtener los demás grandes empleos. Sucedió también lo que nadie se había atrevido á sospechar siquiera, y fué que el nuevo rey inauguró su reinado con una serie de disposiciones liberales. Causó la mejor impresión la admisión en el consejo de Estado del heredero de la corona, que era partidario de la constitución, y la concesión del tratamiento de «alteza real» al duque de Orleans y á su familia, que habían estado largo tiempo privados de esta distinción. El entusiasmo llegó á su colmo cuando Carlos X, en su alegría por la recepción brillante que le había hecho la ciudad de París, levantó, en 29 de setiembre, la censura de la prensa, á pesar de los consejos contrarios de sus ministros. Un espíritu de conciliación se extendía por toda la Francia; Benjamin Constant, lo mismo que los generales franceses, acudían á palacio, y no parecía sino que la era de las revoluciones había pasado para siempre, porque realmente eran grandes y muchos los beneficios que la Francia había obtenido de la restauración.

El rey estaba como confuso de tanta popularidad que tan poco le había costado adquirir. Desgraciadamente duró poco: los franceses, pasada su primera exaltación, vieron que sus esperanzas halagüeñas no se realizaban y en cambio se multiplicaban los síntomas graves de la inconstancia y de la tendencia incorregible del rey á la reacción mas exagerada, como el restablecimiento de la vetusta y rígida etiqueta del antiguo régimen en toda su pureza; los indicios cada vez mas visibles de la influencia creciente de los jesuitas; la prisión del filósofo Víctor Cousin, que viajaba por Alemania, efectuada en Dresde por reclamación de la policía de París; la súbita eliminación del ejército de 167 jefes en su mayoría imperialistas, y la coronación y consagración del rey, verificadas con toda la solemnidad antigua en la catedral de Reims, en 29 de setiembre de 1825, ceremonia que no se había practicado con Luis XVIII á causa de su creciente decrepitud. Para que fuese completa la ceremonia, faltó la reliquia mas valiosa de la citada catedral, la ampolla que para la coronación de Clodoveo había bajado del cielo una paloma, reliquia mandada destruir por la Convención, juntamente con otras; pero también la reacción subsanó esta falta, porque se encontró un cura que juró haber podido recoger entonces un trozo de la ampolla, con una gota del óleo sagrado, y en seguida la prensa reaccionaria hizo saber con inmenso júbilo á todos los fieles que el óleo que iba á ungir la frente del rey Carlos X, aunque un tanto diluido con otra sustancia mas profana, era el mismo con que habían sido ungidos todos los reyes de Francia desde Clodoveo. Ni siquiera perdonó la reacción la antigua tradición que

exigía que cada rey recién ungido curase, por la imposición de las manos, á cierto número de escrofulosos. Lamartine cantó en un ciclo de poesías todas estas fiestas y ceremonias propias de la Edad media, y Víctor Hugo las describió también en una oda llena de inspiración; pero estas descripciones poéticas y el fausto desplegado no pudieron impedir que todas estas reminiscencias de otra época y de otra sociedad, pasado el primer momento, produjesen á la luz del siglo XIX el efecto de decoraciones de teatro que durante el día se trasladan del escenario al almacén. La impresión permanente que produjeron fué indignación y ludibrio, como tan bien lo prueba la sangrientísima sátira de Beranger: *La consagración de Carlos el Simple*, y la frialdad con que fué recibido el rey á su regreso y solemne entrada en París, á pesar de todos los esfuerzos oficiales y de los partidarios interesados.

Contribuyó también á enfriar el primer entusiasmo la legislación, abierta en 22 de diciembre del año anterior (1824). Era ya altamente sospechoso el discurso del trono tanto por lo que decía como por lo que callaba, estando por ejemplo entre lo omitido la palabra *Carta*, según observaron luego los maliciosos; pero mas sospechosos fueron los proyectos de ley que el gobierno presentó en la primera y segunda sesión, proyectos que representaban todo un sistema completo de reacción política y eclesiástica. Para colmo de desgracia, el odio y la pasión de partido desvirtuaron lo poco que tenían de bueno y racional. Uno de estos proyectos era la conversión de la renta de cinco por ciento en una nueva de cuatro por ciento, proyecto que ya había sido presentado á la última legislatura del reinado anterior con la misma intención, á saber, la de aplicar la economía que resultara de la conversión para indemnizar á los acreedores del Estado la libertad de optar por la conversión ó el reintegro, pareció á la mayor parte de los franceses una injusticia y mas que esto, una quiebra disimulada; y si bien fué votado en la cámara de diputados, contra una fuerte minoría, lo rechazó la cámara de los pares. En la legislación abierta en diciembre de 1822, volvió á presentar el gobierno el mismo proyecto enmendado tocante á este punto, haciendo la conversión facultativa para los poseedores de los títulos de renta; pero esto no destruyó la oposición de los liberales, relativa al objeto de la operación, que era despojar á las clases medias á favor de la aristocracia antigua, á la cual se iba á dedicar una suma de mil millones de francos en títulos de renta al tres por ciento que gravaba al erario público con 30 millones de intereses anuales. Para hacer viable semejante exigencia aconsejaba la prudencia mas elemental presentarla como una medida conciliadora y en el fondo justa, con la ventaja de que su adopción acababa con todas las reclamaciones y legalizaba completamente la posesión de los bienes nacionales, incluso los procedentes de confiscaciones. En efecto, una vez elevado á ley el proyecto, tuvo por consecuencia aumentar inmediatamente el valor de estos inmuebles al tipo de los demás, en lugar de valer una tercera parte menos, como había sucedido hasta entonces á causa de las impugnaciones é incertidumbres. Pero los hombres de la derecha no tuvieron esta prudencia é impusieron á la nación la ley como restitución de un robo hecho por los gobiernos anteriores y por los compradores y poseedores de estos bienes. El segundo proyecto era eclesiástico á primera vista, pero en el fondo también favorable á la aristocracia, y la lucha que dió lugar fué mucho mas violenta que la provocada por la ley de conversión de la renta. Trataba del establecimiento y dotación de conventos de monjas. Su objeto verdadero era servir de preliminar al restablecimiento de los mayoraz-



CONSAGRACION DEL REY CARLOS X DE FRANCIA EN LA CATEDRAL DE REIMS, EN 29 DE MAYO DE 1825

El cuadro representa el momento inmediatamente después de la consagración. Carlos X, sentado en el trono, abraza al heredero de la corona, el duque de Angulema. Delante del trono está con los brazos extendidos el arzobispo de Reims, y entre él y el duque de Angulema están el duque de Orleans y el príncipe de Condé. Detrás del rey y á la izquierda del trono están el duque de Havré, de Croix y el mariscal Víctor, duque de Bellune, y á la derecha el marqués de Rivière, y más atrás, á la izquierda de este, el baron de Clanclevy y á la derecha el duque de Montemart. En el centro del cuadro, llevando capa y bonete guarnecidos de armiño, el canceller de Francia, vizconde de Dambray, á su derecha el príncipe de Talleyrand, y entre ambos el duque de Avaray. En el grupo delantero á la derecha el prelado que está de pie es el cardenal arzobispo de Toulouse, duque de Clermont-Tonnerre, y á su lado sentado el cardenal duque de La Fare. Detrás de este está el príncipe de Polignac, y el que está delante de este, en pie al lado de su taburete, es el mariscal marqués de Lauriston y á su lado el conde Cossé-Brissac. El último personaje de la derecha es el mariscal Souti, después hacia adentro están por orden el mariscal Mortier, el vizconde de La Rochefoucault y junto al zócalo de la columna el mariscal Jourdan.

En la parte izquierda y delantera está el señor de Serre de la llamada guardia de la Mancha, cuerpo de 25 nobles que estaban, según usanza, al lado del rey en las grandes ceremonias. Sentado en un taburete está el duque de Uzés, gran maestro de Francia; detrás de él, de pie y blandiendo la espada de Carlo Magno, el gran condestable, mariscal Moncey, duque de Conegliano; á la izquierda detrás de él los duques de Fitz-James y de Maille, los dos primeros ayudantes generales del rey. El personaje más inmediato al gran canceller es el marqués de Dreux-Brézé, gran maestro de ceremonias de Francia. En el fondo se destacan entre las damas las duquesas de Angulema, de Berry con su hijo, la de Orleans y su hija.

gos y vinculaciones, sin los cuales no era posible una aristocracia poderosa, y por lo mismo los reaccionarios miraban la divisibilidad de los bienes inmuebles como una palanca principal del espíritu democrático. Para dejar el patrimonio intacto al heredero inmediato, era menester crear dotes para las hijas, y para esto nada más á propósito que fundar comunidades religiosas ricas. Villèle resistió, pero ante la perspectiva de perder su cartera, doblegóse, como era su costumbre en tales casos. El proyecto de ley relativo á los mayorazgos se contentaba con hacer potestativo y no obligatorio su establecimiento, pero aun así, ofendió el sentimiento de igualdad, hecho ya costumbre en la nación. La opinión pública se declaró con violencia contra tal proyecto y después que el parlamento rechazó el derecho de primogenitura, se votó la ley, pero tan mutilada que ya no se parecía á la presentada por el gobierno.

Todos estos proyectos no eran nada comparados con el del restablecimiento de la ley contra los sacrilegios, que excedía á todas las exigencias más ciegas y siniestras del partido reaccionario, porque era arrojar otra vez á la Francia moderna, ilustrada, inteligente y civilizada, en medio de las más horribles tinieblas y de los terrores de la inquisición, de épocas cuya sola memoria hace estremecer á la humanidad actual. El proyecto de ley proponía aplicar al sacrilegio simple, es decir, á la profanación de vasos sagrados y al robo sacrilego, la pena de muerte; al hurto sacrilego sencillo, la pena de presidio perpétuo; y á la profanación de la hostia, inspirada por odio ó desprecio, la pena de los parricidas. En estos debates se presentó en toda su feísima desnudez el fanatismo desenfundado de la derecha ultra-reaccionaria, que calificó la profanación de la hostia de deicidio, y horrorizada oyó la cámara de boca del vizconde de Bonald esta máxima: «Castigando al sacrilego con la pena de muerte, no se hace más que remitirle ante su juez natural.» Los amigos del siniestro orador consiguieron que esta expresión se borrara del Diario de las Sesiones, pero no por esto es menos positivo que la pronunció. Royer-Collard hizo ver á la cámara, con la evidencia más indisputable, la sinrazón de esta ley y la imposibilidad de aplicarla á los individuos de otros cultos, á los cuales la constitución reconocía iguales derechos ante la ley que al católico; pero en la lucha con el fanatismo sucumbió la razón; la ley fué votada, con algunas modificaciones que atenuaban su rigor, introducidas por la cámara de los pares. Esto fué agradecido por la opinión pública, pero disgustó mucho á los reaccionarios de la derecha, que se lamentaban amargamente de la imprevisión del gobierno que en 1818 había abierto las puertas de la cámara alta á tanto elemento endeble.

Esta ley contra los sacrilegios, si bien no llegó á aplicarse en su parte más esencial, causó á la religión y á la monarquía en Francia heridas que jamás se han cicatrizado. A pesar de la indignación de la opinión pública ante este y otros ataques al espíritu del siglo, la reacción eclesiástica arrolló desde entonces todas las barreras que encontró á su paso y se precipitó sobre la Francia como avalancha aterradora. Uno de sus partidarios más furibundos y orador principal, todavía tildó de atea la ley sobre los sacrilegios porque podía aplicarse á los objetos de culto de otras religiones. Este fanático, el abate Lamennais, al cual estaba reservado un papel muy notable (1) en las luchas religiosas, sufrió también una condena por sus ataques violentos á la Iglesia galicana en su obra: *La religión considerada en sus relaciones con el orden civil y político*, que publicó, en 1825 y 1826, en París. El clero se ensoberbeció

(1) Baste decir que su obra: *Palabras de un creyente*, que publicó en París en 1833, fué traducida á todos los idiomas civilizados y vió en pocos años cien ediciones. (N. del T.)

cada día más: un arzobispo encargó á su clero en una pastoral que llevara listas exactas de las misas que perdieran sus feligreses y de las demás faltas que cometieran contra los mandamientos de la Iglesia, y un cura calificó desde el púlpito á Luis XVIII y á Carlos X de gentiles y condenados, el primero porque había otorgado y el segundo porque no había abolido la constitución. La intolerancia llegó á un extremo inaguantable; la Congregación trabajaba en todas las clases de la sociedad aumentando el número de sus afiliados; en todos los departamentos se erigían cruces, en todos los púlpitos resonaba la voz de los misioneros y el jubileo eclesiástico fué celebrado en París con pompa nunca vista, tomando parte en las procesiones el rey, toda la corte, los altos dignatarios del Estado, y muchos pares y diputados.

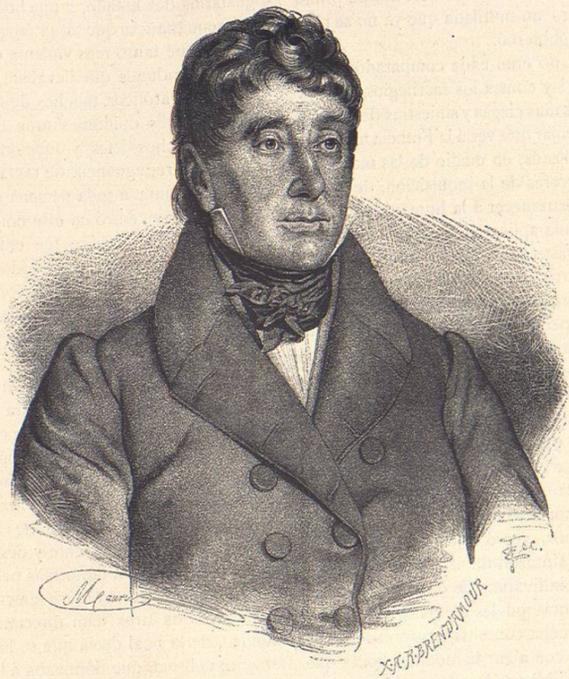
La repugnancia que tanta mogigatería causó al pueblo de la capital fué tanto más violenta cuanto más visibles eran los móviles mundanos que llevaban, y no lograban ocultar, tantos celos católicos, muchos de los cuales habían profesado hasta entonces opiniones muy distintas, como el mariscal Soult y muchos jefes y funcionarios civiles. El pueblo se apartó con repugnancia de tanta hipocresía, se acostumbró á llamar jesuita á toda persona que profesaba sentimientos religiosos y concentró en este nombre todo su odio y horror. El *Tartuffe* de Molière fué entonces la pieza favorita del pueblo aficionado al teatro. Todos los esfuerzos de los ultra-reaccionarios para unir la religión con la vida política de la nación fracasaron miserablemente, y lo único que consiguieron fué hacer igualmente odiosas á la nación francesa en general, y hasta un grado increíble, la Iglesia y la religión. No dejó de conocer el rey este resultado, y creyó remediar el mal cumpliendo sus deberes para con la Iglesia con más celo y ostentación que nunca; pero sucedió lo contrario de lo que había creído, su popularidad menguó rápidamente y ninguna aclamación se oía ya cuando se mostraba en público.

El adalid más incansable contra todas las ambiciones del clero era el anciano conde de Monlosier, que había sido miembro de la constituyente y después había estado emigrado. Sus ataques eran tanto más peligrosos cuanto más conocidos é indudables eran su afecto y fidelidad á la dinastía borbónica. Sus tiros iban directamente contra la Congregación (2), de la cual decía que se había hecho sociedad enteramente política, que dominaba á la policía, á las autoridades y hasta á los ministros; que era cabeza del espionaje general, sin cuyo beneplácito nadie lograba empleo ni colocación, desde los simples criados y criadas hasta los puestos más encumbrados, y que en las mismas cámaras contaba con unos 130 á 150 afiliados directos. Toda la Francia, añadía, sabe que no es gobernada ni por el rey ni por los ministros, sino por los jesuitas y la Congregación; recordaba á todos el triste ejemplo del rey de Inglaterra Jacobo II, y en un pasaje dijo: «Al pueblo se le puede conducir y someter á todo, menos á la deshonra de encorvarse dócilmente bajo el gobierno de clérigos.» Perdió la pensión que cobraba del Estado, pero esto no le abatió ni le impidió hablar y escribir como antes, sino muy al contrario, se irguió más contra la invasión clerical, pues entonces presentó á la cámara de los pares una proposición solicitando la disolución de la Congregación y de los jesuitas, conforme lo exigía la ley que los prohibía, y pidió que en cambio la cámara amparase y asegurase los fueros de la Iglesia galicana. Con esta proposición suscitó un debate en el cual el ministro de Cultos no pudo ya negar la existencia de los jesuitas en Francia, y solamente negó la ilegalidad de su existencia; pero el parlamento al votar el

(2) Véase principalmente su folleto fulminante: *Mémoire á consulter sur un système religieux et politique tendant à renverser la religion, la société et le trône*, 1826.

traslado de la propuesta al ministerio vino á reconocer como vigentes las leyes publicadas contra los jesuitas.

El país, deseoso de los beneficios de la paz, se habia resignado á soportar el gobierno reaccionario para evitar nuevas revoluciones; pero cuando se hubo convencido de que huyendo de un peligro se habia arrojado en el opuesto, á causa de las exigencias insaciables de los ultramontanos y de la condescendencia del gobierno, empezó á arrepentirse y á dirigir su vista á los hombres de quienes antes se habia apartado. Desde aquel instante reanimóse la oposicion. Numéricamente débil en la cámara, aprovechó todas las ocasiones y recursos para hacer propaganda y exhibirse fuera de ella. El viaje de Lafayette á América, puesto en escena con mucho



ROYER-COLLARD.

Copia de una litografía de Delpech, según el dibujo original de Mauris

hacer vibrar la fibra revolucionaria de sus compatriotas con el empleo acertadísimo de palabras de gran efecto. Desde el entierro de Mirabeau no se habia visto otro igualmente imponente, y una suscripcion abierta para erigir al difunto un monumento, reunió en el término de un mes un millon de francos. Poco tiempo despues arrebató la muerte á otro orador liberal, el diputado Manuel, librando al gobierno de un adversario mas peligroso todavía que el general Foy, y su entierro dió lugar á una nueva manifestacion monstruo. El carro fúnebre iba tirado por jóvenes del partido liberal, y cuando las tropas cerraron el camino á la innumerable comitiva pidiendo que el coche con el féretro fuese tirado por caballos, se levantó un tumulto aterrador que solo Lafitte consiguió apaciguar, y esto con grandísimo trabajo. En el cementerio los oradores en sus discursos hicieron el elogio del difunto y de los principios que habia sostenido en vida.

Gran satisfaccion causó luego en las filas liberales la absolucion por el tribunal de dos periódicos importantes acusados de haber hablado mal de la religion, el *Constitutionnel*

aparato para renovar su popularidad, que empezaba á menguar, fué una de estas ocasiones de avivar la agitacion contra la política reaccionaria. Cuando la noticia llegó á los Estados-Unidos fué grande la alegría del pueblo norte-americano, que preparó un grandioso recibimiento al héroe de su revolucion, amigo y compañero de Washington. El congreso puso á su disposicion un buque de guerra y le votó un regalo nacional de 200,000 duros. A su regreso á Francia fué recibido tambien en triunfo por los liberales, que le llamaron el héroe de ambos mundos.

Otra ocasion para una gran manifestacion liberal ofreció el entierro del general Foy, uno de los oradores mas fogosos de la minoría liberal en la cámara, maestro en el arte de

y el *Courrier*; señal consoladora de que la magistratura sabia mantener impávida su independencia contra la presion reaccionaria.

Quiso el ministerio Villèle levantar un poco su popularidad con un proyecto de ley sobre el juicio por jurados, revocando la disposicion fundada en el código de Napoleon, de que los jurados solamente fuesen nombrados cuando fueran conocidos el acusado y el objeto de la causa; pero en cambio cometió la torpeza de combatir las listas permanentes de jurados, de las cuales no podia ser borrado arbitrariamente ningun individuo, según habia votado la cámara de los pares. Esta se mantuvo firme y el gobierno quedó derrotado.

El mal efecto que causó esta torpeza del gobierno se aumentó con la ley de imprenta que la derecha arrancó á Villèle á pesar de su resistencia, despues de haber tratado inútilmente de concluir con la prensa liberal apelando al recurso ridículo recomendado por La Rochefoucauld, de comprar los periódicos de la oposicion, ya que no podian fundarse



CHARLES DIX,  
*Roi de France et de Navarre*  
Né à Valenciennes le 9 Octobre 1737 Sacré à Paris le 25 Mars 1825.

(Grabado de Garnier; copia de un cuadro de F. Gérard)